

sejaría yo á nadie que pagase por cima de cinco mil escudos, porque las perlas no son piedras preciosas; las perlas no son nada más sino un hueso de pez (1), y con el transcurso del tiempo se deslucen; mas los diamantes, los rubíes y las esmeraldas no envejecen, ni los záfiro. Aquestos cuatro son piedras preciosas, y de ellas debe comprarse.

Al oír estas palabras mías, la duquesa me dijo con algún enfado:

—Lo que yo quiero ahora son estas perlas; y por ese motivo te ruego que las lleves al duque y se las alabes lo mejor que puedas y sepas; y aun cuando te parezca que dices algún embusté, dilo por servirme, que te conviene.

Yo, que siempre he sido muy amigo de la verdad y enemigo de las mentiras, siéndome necesarias estas para no querer perder el favor de una tan gran princesa, cogí muy disgustado aquellas malditas perlas y me fuí con ellas á la otra estancia donde habíase retirado el duque; quien al momento que me vió, dijo:

—Bienvenido, ¿qué vienes á hacer?

Descubierto que le hube áquellas perlas, dije:

—Señor mío, vengo á mostraros una bellísima sarta de perlas, muy rara y verdaderamente digna de Vues-

(1) Podía pasar en boca de Cellini esto de que las perlas sean huesos de peces, en gracia á que si la denominación resulta inexacta, el fondo del argumento no se altera por eso. La perla es una secreción del manto de determinados mariscos, la cual adquiere forma globular alrededor de un cuérpecillo extraño que la sirve de núcleo.

tra Excelencia Ilustrísima; y para ochenta perlas, creo que nunca se han reunido tantas juntas que mejor se mostrasen en una sarta; así, pues, compradlas, señor, que son prodigiosas.

Al momento replicó el duque:

—Yo no las quiero comprar, porque no son perlas de esa bondad que dices; las he visto y no me agradan.

—Perdonadme, señor, pues aquestas perlas superan con infinita belleza á todas cuantas perlas háyanse jamás reunido en sarta.

La duquesa se había marchado en derechura y estaba detrás de una puerta escuchando todo lo que yo decía. De modo que cuando hube dicho otras mil cosas más de las que escribo, volvióse hacia mí el duque con benigno aspecto, y me dijo:

—Bienvenido mío, sé que entiendes muy bien de ello; y si aquestas perlas fuesen de tan raro mérito como tú supones, no me costaría trabajo comprarlas, tanto por complacer á la duquesa cuanto por conservarlas; porque aquestas cosas tales me son de necesidad, no sólo por la duquesa, sino por mis otros menesteres para mis hijos é hijas.

Al oír yo aquestas palabras suyas, después de haber comenzado á soltar mis embustes, entonces, con mayor audacia, seguí diciéndolos con el mayor colorido de verdad, á fin de que el duque me los creyese, y confiándome en que la duquesa hubiera de ayudarme á tiempo. Y aun cuando con esto ganaba yo más de doscientos escudos si cerraba tales tratos, pues la duquesa

me los había prometido, estaba yo resuelto y dispuesto á no querer percibir ni un sueldo, sólo por mi salvación, á fin de que el duque jamás pensara que lo había hecho yo por avaricia. De nuevo el duque se movió á decirme con muy afables palabras:

—Yo sé cómo tú entiendes muchísimo de esto; empero, si eres aquel hombre de bien que siempre me he pensado que seas tú, dime ahora la verdad.

Entonces, con los ojos enrojecidos y algún tanto bañados en lágrimas, dije:

—Señor mío, si digo la verdad á Vuestra Señoría Ilustrísima, la duquesa se volverá mi más mortal enemiga; por lo que me veré precisado á irme con Dios y perderé el honor de mi Perseo, que tengo prometido á aquesta nobilísima. Escuela por el nombre de Vuestra Excelencia Ilustrísima, lo que enseguida me vituperarán mis enemigos; así, pues, recomiéndome á Vuestra Excelencia Ilustrísima.

LXXXIV.

Habiendo conocido el duque que todo cuanto había yo dicho se me había hecho decir como por fuerza, dijo:

—Si tienes fe en mí, no dudes de nada en el mundo.

De nuevo exclamé yo:

—¡Ay de mí, señor mío! ¿Cómo podrá ser que la duquesa no lo sepa?

A estas palabras mías, el duque prometió solemnemente, y dijo:

—Haz cuenta de haberlo sepultado en una cajita de diamantes.

Al escuchar tales formales palabras, al momento dije la verdad, según mi entender, acerca de aquellas perlas, y que no valían mucho más de dos mil escudos. Habiéndonos oído la duquesa sosegados, porque hablábamos lo más quedo que pueda decirse, presentóse delante, y dijo:

—Señor mío, hágame Vuestra Excelencia la merced de comprarme aquesta sarta de perlas, porque tengo de ellas grandísimo capricho, y vuestro Bienvenido afirma que jamás ha visto nada más hermoso.

Entonces dijo el duque:

—Yo no las quiero comprar.

—¿Por qué, señor mío, no quiere complacerme Vuestra Excelencia comprando aquesta sarta de perlas?

—Porque no me place tirar los dineros á la calle.

La duquesa exclamó de nuevo:

—¡Oh! ¿Cómo tirar á la calle los dineros, si vuestro Bienvenido, en quien merecidamente tenéis tanta fe, me ha dicho que es muy barata en más de tres mil escudos?

—Señora, contestó el duque, mi Bienvenido me ha dicho que si las compro tiraré el dinero por la ventana, porque aquestas perlas no son redondas ni iguales, y bastantes de ellas son viejas; y para que veáis cómo es verdad, ved ésta y la otra, y ved por aquí y por allá; así es que no me hacen al caso.

Al oír estas palabras me miró la duquesa con malísi-

mo humor, y amenazándome con la cabeza, partióse de allí; de modo que estuve tentado á irme con Dios y alejarme de Italia. Mas como mi Perseo estaba casi concluído, no quise dejar de exponerlo á la luz del día; considere cualquiera en qué grave aprieto me encontraba yo.

El duque había mandado á sus hujieres, en presencia mía, que me dejasen siempre entrar en la cámara y donde Su Excelencia estuviese; y la duquesa había mandado á los mismos que todas las veces que me presentase yo en palacio me impidieran la entrada; de suerte que tan pronto como me veían, al momento salían por la puerta y me echaban fuera, mirando antes que el duque no les viese; mas como el duque me viese antes que aquestos desdichados, ó me llamaba ó me hacía señales para que fuera. La duquesa llamó á aquel medianero en pedrería Bernardo, acerca del cual había-seme quejado ella tanto de su poltronería y avilantez, y á él se recomendó lo mismo que había hecho conmigo; el cual dijo:

—Señora mía, dejadme hacer á mí.

Este redomado pícaro se presentó ante el duque con la sarta en la mano. Tan pronto como le vió el duque, dijo que se le quitase de delante. Entonces el mencionado bribón, con aquella vocecilla suya, resonante en sus narizotas de asno, dijo:

—¡Ay de mí, señor mío, comprad esta sarta de perlas á aquella pobre señora, la cual se muere de caprieho de tenerlas y no puede vivir sin ellas!

Y añadiendo otras muchas necias palabras suyas, y habiéndose aburrido de él el duque, le dijo:

—O apártate de mi vista, ó hincha un poco los carrillos enseguida.

Aquel tunante sabía muy bien lo que se hacía; porque si por medio de hinchar los carrillos ó de cantar *La bella Franceschina* (1) podía obtener que el duque hiciese aquella compra, se ganaba la gracia de la duquesa y además la comisión, que importaba algunos centenares de escudos. Así, pues, infló los carrillos.

El duque le dió muchas bofetadas en aquellos carrillos suyos; y por quitársele de delante, dióle un poco más fuerte de lo que solía hacerlo. Con aquestas fuertes bofetadas en sus mofetazos, no sólo se le pusieron muy encendidos, sino que además saltáronsele las lágrimas; con las cuales comenzó á decir:

—¡Ay, señor, ved aquí un fiel servidor vuestro, quien sólo trata de hacer bien, y está contento de sufrir toda clase de males, con tal de que aquella pobre señora quede satisfecha!

Fastidiándose demasiado ya el duque de este mal hombre, ya sea por los cachetes que le diera en los carrillos, ó por amor á la duquesa, á quien Su Excelencia Ilustrísima siempre quiso dar gusto, replicó en seguida:

—Quítateme de delante, y mal año te dé Dios; véte y cómpralas, que me conformo, contento de hacer todo aquello que quiera la señora duquesa.

(1) Antigua canción popular italiana.

Aquí se conoce la furia de la mala fortuna hacia un pobre hombre, y lo vituperable de la suerte en favorecer á un malvado. Yo me perdí todo el favor de la duquesa, que fué suficiente causa para arrebatarme también el del duque; y él se ganó aquella gruesa comisión y la gracia. Así, pues, no conviene ser hombre de bien y de mérito.

LXXXV.

Por este tiempo renovóse la guerra de Siena, y queriendo el duque fortificar á Florencia, distribuyó los puestos entre sus escultores y arquitectos; por lo cual asignáronseme la Puerta de Prato y el Portillo del Arno, que mira hacia Prato, por donde se va á los molinos; al caballero Bandinelli, la puerta de San Friano; á Pasqualino de Ancona, la puerta de San Pedro Gattolini; á Julian de Baccio de Agnolo, ebanista, la puerta de San Jorge; al ebanista Particino, la puerta de San Nicolás; á Francisco de Sangallo, escultor llamado el Margolla, diósele la puerta de la Cruz; y á Juan Bautista, llamado el Tasso, diósele la puerta de Pint; y asimismo otros bastiones y puertas á diversos ingenieros, de quienes no me acuerdo ni tampoco hace á mi propósito.

El duque, que verdaderamente siempre ha tenido buen ingenio, por inspiración propia anduvo viendo su ciudad en contorno, y cuando Su Excelencia Ilus-

trísima lo hubo examinado y resuelto bien todo, llamó á Lactancio Gorini (1), el cual era un pagador suyo; y como quería que también el tal Lactancio se deleitase algún tanto en aquesta profesión, Su Excelencia Ilustrísima le mandó dibujar todos los proyectos cómo quería que se fortificasen dichas puertas, y á cada uno de nosotros nos mandó dibujada la puerta suya. Viendo yo la que me tocaba á mí, y pareciéndome que el proyecto no estaba conforme á la razón, antes era incorrectísimo, con aqueste dibujo en la mano fuime al momento en busca de mi duque; y queriendo demostrar á Su Excelencia los defectos de aquel dibujo que se me diera, no tan pronto hube comenzado á hablar, como furioso el duque volvióse á mí, y dijo:

—Bienvenido, en hacer muy bien las estatuas cedo ante ti; mas en aquesta profesión, quiero que cedas ante mí; así pues, observa la traza que yo te he dado.

A estas bravas palabras respondí lo más suavemente del mundo que supe, diciendo:

—Señor mío, hasta en el bello estilo de hacer figuras he aprendido yo de Vuestra Excelencia Ilustrísima; empero sobre eso, siempre hemos disputado un poquito juntos; con que en esto de fortificar nuestra ciudad, cosa más importante que el hacer figuras, suplico á Vuestra Excelencia Ilustrísima que se digne escucharme, y departiendo así con Vuestra Excelencia, po-

(1) De este Lactancio habla Cellini en el presente libro II, capítulos LIV y LV.

dré mostraros mejor el modo cómo tengo de servirlos.

En vista de aquestas suavísimas palabras mías, benignamente se puso á discutir conmigo; y mostrando á Su Excelencia Ilustrísima con vivas y claras razones cómo de aquel modo que me había dado la traza no hubiera estado bien, Su Excelencia me dijo:

—Pues vete y haz un dibujo tú, que yo veré si me agrada.

Por tanto, hice dos dibujos conforme á los principios del verdadero modo de fortificar aquellas dos puertas, y se los llevé; y distinguiendo lo verdadero de lo falso, Su Excelencia me dijo afectuosamente:

—Anda y haz á tu manera, que yo quedo satisfecho.

Entonces comencé la construcción con gran premura.

LXXXVI.

Mandaba la guardia de la puerta del Prato un capitán lombardo, hombre robusto, de terribles formas, palabras muy villanas, presuntuoso é ignorantísimo. Al instante comenzó este hombre á preguntarme qué era lo que yo quería hacer; con suma condescendencia le mostré mis dibujos, y con extremado trabajo le hice comprender el modo cómo quería yo conducirme.

Aqueste zafio bestia meneaba la cabeza; ora se volvía acá ó allá, cambiando con frecuencia de pierna en que posarse, retorciéndose los bigotes, que los tenía-

grandísimos; y á menudo echábase de un tirón el pliego de la gorra encima de los ojos, diciendo muchas veces:

—¡Mal cáncer! Yo no lo entiendo este negocio que traes.

De modo que fastidiándome ya aqúeste bestia, dije:

—Pues bien, déjemelo hacer á mí que lo entiendo.

Volviéndole las espaldas para ir á mi quehacer, aquel hombre comenzó á amenazarme con la cabeza; y poniendo la mano izquierda sobre el pomo de su espada, sacó algún tanto la hoja, y me dijo:

—¡Hola! maestro, me parece que buscas pendencia conmigo.

Me volví hacia él con gran cólera, porque me había hecho irritarme, y contesté:

—Aún me parecerá menos trabajo tener cuestión contigo, que hacer el bastión de aquesta puerta.

Al momento ambos echamos mano á nuestras espadas y las desenvainamos del todo; mas en el acto moviéronse gran número de hombres de bien, tanto florentinos de los nuestros, como de otros cortesanos; la mayor parte reprendieronle á él, diciéndole cómo no tenía razón, y que yo era hombre para dar de él buena cuenta, y que si el duque lo supiese, ¡pobre de él! Así pues, marchóse, á su servicio y yo principié mi bastión.

Así que hube dejado el ordenamiento para hacer dicho bastión, fuíme al otro portillo del Arno, donde encontré un capitán de Cesena, el hombre más gentil y galante que jamás hallé en tal profesión; tenía el aspec-

to de una garrida doncellita, y en la pelea era uno de los más bravos y mortíferos hombres que imaginarse pueda. Este hombre valiente me observaba tanto, que muchas veces me hacía avergonzarme; deseaba entenderlo, y yo se lo mostré con mucha afabilidad; baste decir que anduvimos á quién hacía mayores agasajos uno á otro, de suerte que hice á este bastión mucho más á gusto que aquél.

Después que hube concluído de hacer mis bastiones, por haber hecho una correría ciertas gentes de las de Pedro Strozzi, asustóse tanto la comarca del Prato, que la dejaron desierta; y por esa causa todos los carros de aquella comarca venían cargados, trayendo cada uno á la ciudad cuanto poseía. Y como los carros tocábanse uno á otro por ser en grandísimo número, al ver yo tal desorden, dije á la guardia de la puerta que atendiera bien á ellos no ocurriese un desorden como el acontecido en las puertas de Turín; pues si hubiese de ser preciso valerse del rastrillo, éste no podría hacer su oficio, por cuanto quedaría suspenso por uno de aquellos carros.

Al oír aquel barbarote capitán estas palabras mías volvióse hacia mí con superiores fuerzas y yo le contesté de igual manera, de modo que estuvimos á punto de hacer algo mucho peor que la primera vez; empero fuimos también separados. Habiendo concluído mis bastiones, recibí algunos escudos inesperadamente, lo cual celebré, y con mucho gusto me fuí de allí á terminar mi Perseo.

LXXXVII.

Por aquellos días hubieron de encontrarse en la comarca de Arezzo ciertas antigüedades, entre ellas la Quimera (1), que es aquel león de bronce que se ve en la cámara próxima á la gran sala de Palacio (y juntamente con dicha Quimera encontráronse gran número de pequeñas estatuillas, también de bronce, las cuales estaban cubiertas de tierra y enmohecidas, faltándoles á cada una de ellas la cabeza, las manos ó los pies); el duque encontraba gusto en limpiarlas por sí mismo con ciertos cineelitos de aurífice.

Sucedió que ocurrióseme hablar con Su Excelencia Ilustrísima; y mientras que yo hablaba con él, dióme un martillo pequeño, con el cual golpease sobre los cineelitos que el duque tenía en la mano; y de aquel modo descubriáanse dichas figurillas de entre la tierra y el enmohecimiento.

Transcurridas así algunas noches, el duque me encargó que trabajase; por donde comencé á rehacer aquellos miembros que faltaban á dichas figuritas. Y encontrando Su Excelencia tanto placer en aquellas mínimas pequeñeces, hacíame trabajar también de día; y como me retrasase algo en ir allá, Su Excelencia Ilustrísima enviaba por mí.

Muchas veces dí á entender á Su Excelencia que si

(1) Esta Quimera encuéntrase ahora en la sala de los bronce de la *Galleria degli Uffizi*, en Florencia.

me desviaba durante el día del Perseo, seguiríanse de ello muchos inconvenientes; el primero y que más espanto me infundía, es que el largo tiempo que veía yo gastado en mi obra no fuese causa de fastidio para Su Excelencia Ilustrísima, según despues me sucedió; era el otro que tenía yo algunos ayudantes, y cuando no estaba presente hacían dos notables inconveniencias, una de ellas echarme á perder mi obra, y la otra trabajar lo menos posible; de modo que el duque hubo de conformarse con que sólo fuera yo allí desde la hora veinticuatro en adelante. Y como se había suavizado conmigo tan maravillosamente Su Excelencia Ilustrísima, al llegarme á él por la noche, siempre iban en aumento sus halagos hacia mí.

Por aquellos días hacíanse obras en aquellas nuevas estancias próximas á los leones; de modo que, queriendo Su Excelencia retirarse á una parte más escondida, habíase hecho acomodar cierto retrete en aquestas estancias hechas de nuevo, y me había ordenado que entrase allí por su guardarropa; por lo cual pasaba yo muy quedo sobre la tarima del gran salón, y por ciertos escondrijos llegaba secretísimamente á dicho retrete.

Mas al cabo de pocos días, la duquesa privóme de esto, haciendo cerrar todos aquellos pasos que me eran cómodos; de suerte que todas las noches que llegaba yo á palacio, tenía que esperarme un buen rato por causa de que la duquesa estaba para su comodidad en aquellas antecámaras por donde yo tenía que pasar;

y por estar enfermiza, jamás llegué una vez que no la incomodase.

Ya por ésta, ya por otra causa, habíala dado tanto enojo, que de ninguna manera podía sufrir el verme. Con toda esta gran molestia para mí y con infinito disgusto, seguí yendo allí pacientemente. El duque había dado órdenes expresas de que tan pronto como tocase yo á la puerta se me abriese, y sin decirme nadie nada dejábanme entrar por todas partes; de modo que algunas veces aconteció cómo entrando silenciosa é inesperadamente por aquellas cámaras secretas, encontraba á la duquesa en sus menesteres, la cual irritábase conmigo con tal furia que me daba espanto; y siempre me decía:

—¿Cuándo acabarás de arreglar esas figurillas? Porque con tus venidas cada vez me das más fastidio.

A lo cual respetuosamente contestaba yo:

—Señora y única dueña mía, no deseo otra cosa sino serviros con fe y con la mayor obediencia; mas como aquestas obras que me ha ordenado el duque durarán muchos meses, dígame Vuestra Excelencia Ilustrísima si no quiere que venga aquí más, y no vendré en manera alguna, llámeme quien quiera; pues aun cuando me llamase el duque, diré que me siento malo y de ningún modo vendré aquí jamás.

Cuando hube dicho estas palabras, contestóme ella:

—No digo que dejes de venir aquí, ni tampoco que no obedezcas al duque; sino que me parece que aquestas obras tuyas nunca tienen fin.

Fuese que el duque hubiera oído algo, ó fuese por cualquiera otra causa, Su Excelencia volvió á empezar; tan pronto como se aproximaba la hora veinticuatro, enviaba en mi busca; y aquel que venía á llamarme, decíame siempre:

—Cura cómo no dejes de venir, que el duque te espera.

Y así continué con aquestas dificultades muchas veladas. Una de las noches, al entrar según mi costumbre, el duque, que debía de estar tratando con la duquesa cosas quizá secretas, volvióse hacia mí con la mayor furia del mundo; y al quererme retirar presto algún tanto despavorido, de pronto me dijo:

—Entra, Bienvenido mío, y vete allá á tus quehaceres, que poco tardaré en ir á reunirme contigo.

Mientras pasaba yo, cogióme por la capa el señor don García, niño de poco tiempo, y me hizo las más cariñosas fiestas que pueda hacer una criatura tal; por donde maravillándose el duque, dijo:

—¡Oh, qué cariñosa amistad es aquesta que mis hijos tienen contigo!

LXXXVIII.

Mientras que trabajaba yo en aquestas fruslerías de poco momento, el príncipe, ó D. Juan y D. Fernando y D. García (1), toda la velada estaban encima de mí y me

(1) Por este año (1552) el príncipe D. Francisco tenía 11 años, D. Juan 9, D. García 5 y D. Fernando 3.

pinchaban á escondidas del duque; por lo cual rogábalos yo por favor que se estuviesen quietos, y me respondían diciendo:

—Es que no podemos.

—Aquello que no se puede, es porque no se quiere; con que andando.

Y al momento el duque y la duquesa echáronse á reír. Otra noche, habiendo concluido aquellas cuatro figuritas de bronce que están puestas en el pedestal, las cuales son Jove, Mercurio, Minerva y Danae, madre de Perseo con su Perseito sentado á sus pies, hícelas llevar á la mencionada estancia donde trabajaba yo de noche, y las puse en fila un poco en alto, de suerte que hacían muy buen ver.

Habiéndolo sabido el duque, vino allí un poco antes de su costumbre; y como la persona que tal refirió á Su Excelencia Ilustrísima debió de estimarlas en mucho más de aquello que valían (porque le dijo que eran mejor que las antiguas ó cosa parecida), mi duque vino allí junto con la duquesa, razonando muy satisfechos acerca de mi obra; al punto me levanté y salí á su encuentro.

Con su ducal y mejor acogida, alzó la mano derecha, en la cual tenía una pera verde de lo más grande que se pueda ver y hermosísima, diciendo:

—Toma, Bienvenido mío, pon aquesta pera en el huerto de tu casa.

Respondí alegremente á aquellas palabras, exclamando:

—¡Oh señor mío! ¿De veras dice Vuestra Excelencia Ilustrísima que la ponga yo en el huerto de mi casa?

—En el huerto de la casa que es tuya. ¿Me has entendido?

Entonces dí gracias á Su Excelencia y lo mismo á la duquesa, con las mejores ceremonias del modo que sabía yo hacer. Luego sentáronse ambos enfrente de dichas figuras, y por más de dos horas no hablaron otra cosa que de las lindas figuritas; de suerte que entróle á la duquesa tan desmedido antojo de ellas, que me dijo entonces:

—No quiero que estas preciosas figuritas se vayan á perder en aquel pedestal en la plaza, donde correrían peligro de ser estropeadas; así, pues, deseo que me las acomodes en una estancia mía, donde serán tenidas con aquella reverencia que se debe á tus rarísimos méritos.

A estas palabras me opuse con infinitas razones; y visto cómo estaba resuelta á que yo no las pusiese en la basa donde estaban, aguardé al día siguiente y fuíme á Palacio á la hora veintidos; y hallándome con que el duque y la duquesa habían salido á caballo, teniendo ya dispuesto mi pedestal, hice llevar á él dichas figuritas, y en el acto las emplomé como debían estar.

¡Oh! Cuando lo supo la duquesa, dióle tanta cólera, que si no hubiese sido por el duque, quien valerosamente vino en mi ayuda, hubiéralo yo pasado muy mal. Por aquel encono de la sarta de perlas, este suceso la impresionó tanto, que el duque sintió acabársele aquel poco de placer; lo cual fué causa de que me viese cons-

treñido á no ir allí más; y al momento víme con aquellas mismas dificultades de antes en cuanto á entrar en Palacio.

LXXXIX.

Me volví á la Loggia (1), donde había conducido ya el Perseo; y andaba concluyéndolo con las dificultades antedichas, esto es, sin dineros y con tantos otros obstáculos, que la mitad de ellos hubieran hecho desfallecer á un hombre armado de diamantes.

Empero, siguiendo mi costumbre, una mañana, luego de oír misa en San Pedro Scheraggio, pasó delante de mí Bernardo, medianero en pedrerías, platerucho y por bondad del duque proveedor de la casa de Moneda; y apenas estuvo fuera de la puerta de la iglesia, el muy puercazo soltó cuatro pedos, los cuales debieron sentirse desde San Miniato. Entonces exclamé:

—¡Ah puerco, gandul, asno! ¿Este es el sonido de tus gorrinos méritos?

Y corrí en busca de un garrote. Retiróse presto á la Moneda y yo me quedé escondido tras el quicio de mi puerta, dejando fuera á un mancebo mío, quien me hiciese señales de cuando aquel puerco saliese de la Moneda. Viendo que pasaba en espera un gran rato y

(1) *Loggia dei Lanzi*, galería con columnas en la plaza de la Señoría (Florencia), donde existe el famoso *Perseo* de Bienvenido Cellini.

dándome fastidio, habiéndoseme pasado un poco la ira y considerando que los golpes no se dan con arreglo á pacto, de donde podía resultar algún inconveniente, resolvíme á llevar á efecto mi venganza de otro modo.

Y como quiera que aqueste caso ocurrió en las fiestas de nuestro San Juan, para el que faltaban sólo un día ó dos, le hice aquestos cuatro versos y los pegué en el rincón de la iglesia, donde se meaba y cagaba. Decían así:

Yace aquí Bernardón, burro, puercote,
Alcahueté y ladrón, en quien Pandora
Puso todo lo malo; y dél agora
Desciende aquel maestro Animalote (1).

El caso y los versos llegaron hasta Palacio, donde el duque y la duquesa riéronse de ellos; y antes de que él se percatase de esto habíase congregado gran muchedumbre del pueblo, quienes daban las mayores risotadas del mundo; y como mirasen hacia la Moneda y fijasen sus ojos en Bernardo, apercibido de esto su hijo el maestro Baccio, al instante, con gran cólera desgarró el cartel. Aquél mordióse un dedo, amenazando con su voceilla que le salía por la nariz: hizo una gran bravata.

(1) Intencionalmente pone el texto *Buaccio* en vez de *Baccio* (Bandinelli). Cellini hace un juego de palabras fundado en la semejanza de sonidos entre el nombre de Baccio (su enemigo) y el adjetivo *buaccio*, que significa *animalazo*, *estúpido*, *negado*, etc.

XC.

Cuando el duque llegó á saber que toda mi obra del Perseo podía mostrarse como terminada, un día vino á verla, y por muchos signos evidentes dió muestra de satisfacerle en grande; y volviéndose á ciertos señores que estaban con Su Excelencia Ilustrísima, dijo:

—Aun cuando esta obra nos parezca muy bella, necesita también ser del gusto del popular; así, pues, Bienvenido mío, antes de que des la última mano, quisiera que por amor mío abrieses un poco aquesta parte que da á mi plaza, sólo por medio día, para ver lo que de ella dice el pueblo; pues no hay duda de que de verla encerrada de aqueste modo á verla en campo abierto, habrá una gran diferencia en su aspecto de cómo ahora se ve oculta.

A estas palabras respondí yo humildemente á Su Excelencia Ilustrísima:

—Sabed, señor mío, que se mostrará doble mejor. ¿Pues no recuerda Vuestra Excelencia Ilustrísima haberla visto en el huerto de mi casa, en el cual mostrábase desde gran largura tan bien, que por el huerto de los Inocentes vino á verla Bandinelli; y con toda su mala y pésima natura la ha encomiado y dicho bien de ella, cuando jamás en sus días habló bien de nadie? Advierto que Vuestra Excelencia Ilustrísima lo cree demasiado.

Al oír a estas palabras mías frunció el ceño un poquito irritado; mas, empero, con muy dulces palabras, dijo:

—Hazlo, Bienvenido mío, sólo por darme un poco de satisfacción.

Partióse, y comencé á dar órdenes para descubrirla; y como faltaba cierta cantidad de oro, de barnices y de otras cosillas tales que se emplean al fin de la obra, coléricamente murmuraba y quejábame, blasfemando de aquel maldito día que fué causa para conducirme á Florencia; porque de largo tiempo veía yo la grandísima y segura pérdida que había sufrido con partirme de Francia, y aún no veía ni conocía qué clases de bienes debiera esperar con aqueste mi señor en Florencia; pues desde el principio al medio y hasta el fin, siempre todo aquello que había yo hecho hubo de concluir con muy dañosa desventaja mía.

Por eso muy disgustado la descubrí al día siguiente. Según plúgole á Dios, así que fué vista alzóse un rumor tan desmesurado en elogio de dicha obra, que fué causa bastante para consolarme algún tanto. El pueblo no dejaba continuamente de pegar papeles á espalda de la puerta, que tenía un poco de aparato, mientras daba yo la última mano; el mismo día en que estuvo descubierta algunas horas, pegaron allí más de veinte sonetos, todos con elogios muy desmesurados de mi obra. Luego que la recibí, diariamente fijaban allá gran número de sonetos, y de versos latinos, y de versos griegos; porque había vacaciones en el estudio de

Pisa, y todos aquellos excelentísimos doctores y escolares hacíanlos en competencia.

Mas lo que me causaba mayor contento y dábame esperanzas de mayor salud mía para con mi duque, era que los del arte, á saber, los escultores y pintores, también conducíanse en competencia de quién hablaba mejor. Entre los demás, aquel á quien profesaba yo mayor estimación era el hábil pintor Jacobo de Pontormo, y además de él su excelente discípulo el pintor Bronzino (1), á quien no le bastó hacer fijar muchos de los sonetos, sino que me los mandó por medio de su Alejandrino á mi casa; los cuales decían tanto bien con aquel hermoso y rarísimo estilo suyo, que fueron causa de consolarme un poco. Y así, pues, recibí mi obra y me afané por terminarla.

XCI.

Aun cuando mi duque hubo de ser sabedor de aquestos favores que habíanseme hecho por aquesta excellentísima Escuela, sin más que verla aquel poco de tiempo, dijo:

—Grandemente me place que Bienvenido haya gozado de aqueste poco de satisfacción, lo cual será motivo para que más presto y con mayor diligencia la lleve

(1) Los pintores son: Jacobo Carrucci de Pontormo, y su discípulo Angel, llamado *el Bronzino*.